

CRÍTICA DE LIBROS

Flick, U. (2004) *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.

El ya viejo debate sobre la legitimidad y sentido de los métodos cualitativos frente a los mal llamados cuantitativos sigue vivo. Pero la polaridad cualitativo-cuantitativo, expresada en estos términos y entendida literalmente, siempre me ha parecido engañosa, ya que todo método científico debe ser capaz tanto de clasificar y definir cualidades como de cuantificar y medir. La distinción existe pero debería descansar en el concepto de pertinencia, basándose en qué información interesa al científico, cómo se delimita y recoge, cómo se define la objetividad, desde qué punto de vista se considera, cómo se trata. La investigación “cuantitativa” sería aquella que, estrictamente, sigue los principios del positivismo aplicado a las ciencias sociales. La investigación cualitativa se preocuparía de una forma u otra por el significado que conforma los comportamientos individuales y grupales, el que informa las reglas socioculturales en el mundo cotidiano o en el ritual. Como ocurre siempre, el ámbito de objetos de estudio elegido afecta la perspectiva epistemológica, y viceversa. Por tanto, los intereses cualitativos descartan una perspectiva positivista, reñida con lo individual o idiográfico y con lo subjetivo.

Otro orden de consideraciones se refiere a las posibilidades de integración académica de la metodología cualitativa en nuestro país. ¿Se trata de una vía para románticos que reman contracorriente (y “contra curriculum”) o bien de un rumbo que apunta a su futura inserción en el cuadro de valores oficial, al lado de los impactos y la financiación tecnológica? A juzgar por la creciente presencia, en bibliotecas universitarias y escaparates de librerías, de títulos relacionados con la investigación cualitativa podemos ser algo optimistas, y el texto que pretendo comentar es una razón más para dicho optimismo. Y, rindiéndome al tópico, hemos de agradecer, de entrada, la publicación de materiales que puedan arrojar algo más de luz sobre el papel de la investigación cualitativa en las ciencias sociales y del comportamiento, al tiempo que aportan su grano de arena para la incorporación de la metodología correspondiente al trabajo desarrollado en los departamentos y demás unidades de investigación. Y es de agradecer también que estos materiales se hayan trasladado al castellano en beneficio de la –hasta ahora escasa– bibliografía disponible sobre estos temas para estudiantes primerizos y poco entusiastas de lenguas distintas a la vernácula.

Si se juzga este texto a través del prisma didáctico, sus méritos son manifiestos. Entre ellos, una estructuración en partes y capítulos bastante sistemática, un plan de desarrollo ejecutado con considerable precisión, unos esquemas de conceptualización fijos, que funcionan como plantillas de análisis (visibles sobre todo en las panorámicas generales con que terminan las diferentes partes del texto), numerosos ejemplos, etc. Es indiscutible que los materiales ofrecidos evidencian una cuidada organización. Otra cosa es que la intención didáctica que se adivina tras ese plan consiga realmente

sus objetivos. Uno de los obstáculos que se oponen a ello, y uno de los lastres que arrastra el libro, es la traducción del alemán. Dejando aparte el acierto o desacierto de algunos de los términos utilizados, demasiados segmentos del texto son apenas inteligibles y en ellos aflora una sintaxis que, desde luego, no sugiere la frase castellana y que acentúa la aridez propia del discurso metodológico.

Si uno, a pesar de ello, consigue involucrarse en sus contenidos, advierte diferentes incoherencias que extravían el seguimiento del texto. La mayor de ellas es seguramente la que enfrenta la primera parte del libro con el resto de capítulos. En efecto, al principio de su exposición Flick dibuja el paisaje de la investigación cualitativa sobre un tríptico formado por el interaccionismo simbólico, la etnometodología y el estructuralismo. Además pinta un fondo epistemológico que podría tildarse de radical, incluso provocativo, como por ejemplo en su utilización de ideas como los “mundos posibles” de Goodman o la “mimesis” de Ricoeur. En cambio, a partir de la segunda parte, desde el momento que el autor penetra en territorio propiamente metodológico, estos planteamientos se diluyen y, de forma más o menos explícita, el hilo conductor pasa a ser el de la “grounded theory” (“teoría fundamentada”, según esta versión) de Glaser, Strauss y Corbin. La mayor parte de técnicas y procedimientos descritos se ajustan a esta línea de trabajo (véase, por ejemplo, el capítulo siete, sobre estrategias de muestreo) y yo no he sido capaz de hallar ningún argumento que trate de justificar este decantamiento, pero sí intuyo, apoyándome en distintos indicios, que ésta es la metodología preferida y utilizada por el autor. Nada que objetar, excepto que el abanico de recursos metodológicos que nos brinda esta *Introducción a la investigación cualitativa* queda entonces a medio abrir, resulta limitado por dicha opción, lo que aconsejaría modificar un título tan genérico como el que lleva el libro.

Otras contradicciones que pueden llegar a desorientar, incluso, a un lector avezado nacen de las variadas posiciones que adopta el autor con respecto a la delimitación de lo cualitativo. Esta, pues, no es una cuestión baladí. Particularmente, Flick se muestra, directa o indirectamente, unas veces muy radical en su presentación de la metodología cualitativa mientras que otras se muestra muy tolerante en lo que se refiere a la intrusión de la óptica positivista en aquélla. Así, citando a Hopf (p. 281), parece aceptar una militancia cualitativa que excluya las “argumentaciones basadas en una lógica cuantitativa”, con lo que a mi juicio va más allá de lo razonable. Como dije al inicio de este comentario la esencia de los métodos cualitativos no es el anatema de los números, por más que debamos aceptar que esta grosera interpretación, o este malentendido, se haya instalado en algunos influyentes discursos, generando una mala publicidad y haciendo un flaco favor a tales métodos.

En cualquier caso, esa radicalidad no se acompaña, ni en Flick ni en los autores que cita, por el uso de las “cajas de herramientas conceptuales” típicas de las aproximaciones más antipositivistas, como las que proporciona la semiótica o la izquierda antropológica. Para muestra un botón: la oposición *emic-etic* no tiene prácticamente presencia en este libro.

En el extremo opuesto Flick presenta un repertorio de técnicas de muestreo con un fuerte componente nomotético, lejos de lo que sería uno de los rasgos distintivos de la metodología cualitativa: su preferencia por las aproximaciones idiográficas y por el estudio de casos. De hecho, los casos tienen un papel muy ambiguo o no tienen papel en el texto que estoy reseñando.

Existen otros reflejos positivistas en el proyecto cualitativo de Flick. Sólo aludiré a uno más: el espacio concedido a la observación no participante, así como a la encubierta o enmascarada, en el registro de datos. Está claro que para él la técnica nuclear del registro cualitativo no es la observación participante con implicación del investigador;

más bien se notan algunas desconfianzas hacia la misma, lo que no es en sí criticable, pero sí incompatible con otras valoraciones expresadas a lo largo del texto.

Un tercer tipo de reservas tiene que ver con el nivel de exposición elegido cuando se trata de caracterizar técnicas de registro o de análisis particulares. La caracterización se sitúa en una tierra de nadie, intermedia entre lo que sería el ámbito de decisiones metodológicas más general (observación participante/no participante; entrevista estructurada/semiestructurada) y el protocolo detallado o guión que debería seguir el usuario para aplicar la técnica expuesta. Este es un nivel incómodo para el lector: no se deducen fácilmente ni las implicaciones metodológicas de la técnica en cuestión (supone reactividad o no; exige directividad o no; etc.) ni las instrucciones a seguir, que nunca son lo suficientemente detalladas, ni siquiera en los ejemplos; así pues, no se acaba de entender ni el proceso ni el producto.

Afortunadamente, el penúltimo capítulo de este libro permite reconciliarnos con la coherencia, reordenar los conceptos adquiridos, recuperar algunos de los no adquiridos, rellenar lagunas y, en definitiva, obtener una imagen más nítida del quehacer cualitativo. Estoy aludiendo al capítulo XXI en el que se relacionan y contrastan los dos frentes metodológicos, para mí el mejor capítulo del libro. Esta impresión favorable no puede dissociarse de una última reticencia. La comparación que se realiza en las páginas de este capítulo y el resultado de la misma no se desprende de ningún modo de los capítulos anteriores, sino que parece añadida con ánimo de poner orden en el discurso producido hasta ese momento. Pero en mi opinión debería haber figurado en el punto de arranque del libro. Creo que las faltas de coherencia y claridad que he venido denunciando se hubieran evitado haciendo surgir el texto, desde un principio, de una propuesta de acotación de lo cualitativo respecto lo cuantitativo valiente e inequívoca; y ello dentro del marco general de la metodología de las ciencias sociales, con sus innegables dificultades específicas, con sus conocidos obstáculos epistemológicos. Al fin y al cabo, como tantos otros gemelos míticos, estas dos caras de la metodología científica están condenadas a encontrar su frágil identidad en el pulso dialéctico entre ellas.

Carles Riba
Universitat de Barcelona